



EDITORIAL
**Mundos
Alternos**

El pueblo que olvido leer

Mesias Camila Araujo Maribel
Barrionuevo Luisa Castro Fabiola



El Pueblo que olvidó leer

Créditos

“El Pueblo que olvidó leer”

MESIAS AYALA, CAMILA ANAHÍ
ARAUJO CHOCHO, MARIBEL CAROLINA
BARRIONUEVO GUAMANI, LUISA ELIZABETH
CASTRO SEGURA, FABIOLA ELIZABETH

Primera edición impresa:

978-9942-7434-2-8

Revisión científica:

Dra. Angelita Martinez – Universidad de Buenos Aires

Phd. Marcia Arbustín – Universidad Nacional de Rosario

Publicación autorizada por: La Comisión Editorial presidida por Andrea Maribel Aldaz

Corrección de estilo y diseño: MSC. Valentina Chulde

Imagen de cubierta: Diseño del autor

Derechos reservados. Se prohíbe la reproducción de esta obra por cualquier medio impreso, reprográfico o electrónico. El contenido, uso de fotografía, gráficos, cuadros, tablas, y referencias es de exclusiva responsabilidad de los autores.

Los derechos de esta edición Impresa son del autor

ISBN: 978-9942-7434-2-8



EDITORIAL
**Mundos
Alternos**

Prólogo

Hubo un tiempo en que las palabras eran el corazón del mundo. Nacían en los labios de los abuelos, se guardaban en cuadernos escolares, recorrían plazas y bibliotecas, y daban forma a la memoria de los pueblos. Con ellas, los hombres y mujeres aprendieron a nombrar la esperanza, el miedo, el amor y la libertad.

Pero también hubo un tiempo en que las palabras comenzaron a desaparecer. Primero fueron las letras borradas de un cartel, luego los periódicos mudos, después las escuelas sin lectura. Y así, poco a poco, el silencio se volvió costumbre, hasta que nadie pareció recordarlas.

Este libro no es solo un relato: es un espejo. Nos invita a pensar qué ocurre cuando una sociedad se rinde al olvido y qué tan frágil es la frontera entre la memoria y la nada. Porque las palabras no mueren solas: alguien las abandona, alguien las persigue, alguien las prohíbe.

En estas páginas, acompañarás a Mateo, Daniel, Lucía y a un grupo de soñadores que se negaron a dejar morir las historias. Ellos descubrieron que leer no era un acto inocente, sino un acto de resistencia. Que cada palabra pronunciada en voz alta era una chispa capaz de encender un fuego contra el silencio.

Este libro es también una advertencia: los pueblos que olvidan leer se condenan a repetir los mismos errores. Pero, al mismo tiempo, es un canto de esperanza, porque basta una voz, un libro rescatado, un niño que pronuncie en secreto lo que aprendió, para que la memoria despierte.

El Pueblo que olvidó leer es, en el fondo, un homenaje a ti, lector o lectora. A tu decisión de abrir estas páginas y mantener viva la llama de las palabras. Porque mientras alguien lea, aunque sea en la oscuridad de un refugio, las historias nunca desaparecerán.

BIOGRAFÍAS

CAMILA ANAHÍ MESIAS AYALA

Camila Anahí Mesias Ayala es una estudiante de sexto semestre de Psicología Clínica en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, sede Ambato. Nacida en Cuenca y actualmente radicada en Ambato, Camila ha demostrado un compromiso constante con su formación académica y con causas sociales. Le interesa profundamente el trabajo en salud mental, especialmente con adolescentes, así como la violencia de género y la psicoeducación.

Se caracteriza por su empatía, capacidad de adaptación, atención a los detalles y escucha activa. Su experiencia práctica abarca el trabajo con niños en situación de vulnerabilidad, adolescentes infractores, adultos mayores y personas con discapacidad. También ha desarrollado actividades de psicoeducación sobre violencia de género e intrafamiliar en contextos comunitarios y universitarios.

Camila participa activamente en una colectiva feminista, lo que refuerza su vocación social y su deseo de generar cambios significativos desde la psicología con un enfoque ético y humano.

MARIBEL CAROLINA ARAUJO CHOCHO

Maribel Carolina Araujo Chocho nacida en Cuenca, provincia del Azuay, Educadora Infantil con 14 años de experiencia en la enseñanza del servicio de CDI “Centro de Desarrollo Infantil” y en el proyecto Creciendo con Nuestros Hijos, dentro del Ministerio de Inclusión Económica y Social, demostrado un compromiso sólido con el bienestar y el desarrollo integral de niñas y niños. Su labor se caracteriza por diseñar y aplicar prácticas pedagógicas fundamentadas en la evidencia, favorecer un entorno seguro y estimulante, y trabajar directamente con las familias para apoyar el aprendizaje, la socialización y la continuidad educativa en casa obteniendo así un Diplomado en Violencia de Género y Derechos Humanos Desafiando el Silencio. Su enfoque combina disciplina, empatía y habilidades de observación para adaptar actividades a las necesidades individuales, promoviendo la autonomía, la curiosidad y el desarrollo de habilidades socioemocionales. Un perfil valioso para equipos educativos que buscan rigor profesional, innovación pedagógica y una atención centrada en el niño y su contexto familiar.

LUISA ELIZABETH BARRIONUEVO GUAMANI

Luisa Elizabeth Barrionuevo Guamaní, nacida en Píllaro, provincia de Tungurahua, Licenciada en Ciencias Humanas y de la Educación, mención “Educación Básica” se formó en la Universidad Técnica de Ambato, establecimiento que marcó el inicio de su compromiso con la formación de las nuevas generaciones. Consecutivamente, consolidó su recorrido académico al obtener el título de “Magíster en Educación Básica” por la Universidad Estatal de Milagro, lo que robusteció sus competencias en innovación pedagógica y gestión educativa. Su experiencia de diez años en el Magisterio fiscal ecuatoriano la ha posicionado como una profesional comprometida con la calidad e igualdad educativa, aportando estrategias didácticas que favorecen el aprendizaje significativo. Ha participado activamente en conferencias y disertaciones, compartiendo propuestas innovadoras para la enseñanza en el nivel básico, y cuenta con publicaciones orientadas a la didáctica educativa, lo que defiende su papel como investigadora y formadora. Su trabajo refleja la vocación, entrega y liderazgo de una educadora pilarense que aporta al desarrollo académico del Ecuador.

FABIOLA ELIZABETH CASTRO SEGURA

Fabiola Elizabeth Castro Segura destacada profesional originaria de Ambato, ha dedicado su vida al servicio de la educación ecuatoriana. Licenciada en Ciencias Humanas y de la Educación, mención Educación Básica, por la “Universidad Técnica de Ambato”, cuenta con una sólida trayectoria de doce años en el ámbito docente, experiencia que le ha permitido transformar la vida de niños y jóvenes, especialmente de aquellos con escolaridad inconclusa. Su compromiso social y pedagógico se ha visto reflejado en la participación en conferencias relacionadas con la innovación educativa, así como en la realización de proyectos que buscan responder a los retos actuales de la enseñanza. Actualmente es maestrante “Maestría en Educación con Mención en Lingüística y Literatura” por la Universidad Estatal de Milagro, formación que complementa su visión integral de la enseñanza. Su trabajo refleja dedicación, creatividad y liderazgo, valores con los que ha contribuido al fortalecimiento de la Educación Básica en Ecuador.

El Pueblo que olvidó leer

La última biblioteca cerrada

El cartel estaba allí, colgado en la puerta como una sentencia:

“Clausura definitiva. Entrada prohibida a partir de mañana”.

Era la última biblioteca de la ciudad. Un edificio de ladrillo rojo, cubierto de enredaderas secas y con ventanas que parecían ojos cansados. Alguna vez había sido el corazón de la vida intelectual, donde estudiantes, poetas y soñadores se reunían. Ahora, quedaba en pie como un gigante herido, condenado al silencio.

Mateo, un joven de apenas veinte años, se detuvo frente a la puerta. Desde niño había visitado ese lugar de la mano de su abuela, una mujer que le enseñó que

cada libro era un universo escondido. La abuela había muerto años atrás, y con ella también parecía haberse extinguido el hábito de leer en la familia. Sin embargo, al ver aquel aviso de clausura, Mateo sintió un dolor extraño, como si le arrebataran no solo un edificio, sino una parte de sí mismo.

Empujó la pesada puerta de madera. Crujió como un lamento. Al entrar, lo envolvió un aire denso con olor a papel envejecido, tinta marchita y polvo acumulado. Caminó despacio, como quien pisa un santuario.

Los pasillos eran altos y oscuros, apenas iluminados por la luz que se filtraba en franjas doradas entre las ventanas sucias. Los estantes se extendían como murallas infinitas, repletos de volúmenes que guardaban historias, ideas y recuerdos de un mundo que ya nadie parecía necesitar.

Mateo recorrió cada sala con una mezcla de nostalgia y angustia. Se detuvo en la sección infantil, donde aún quedaban mesas pequeñas y dibujos olvidados en una cartelera amarillenta. Recordó la voz de su abuela leyéndole cuentos de dragones y viajeros estelares. La memoria lo conmovió hasta las lágrimas.

Fue entonces, en la sala más antigua, donde descubrió algo extraño. Uno de los estantes estaba torcido, como si hubiera sido movido muchas veces. Empujó con esfuerzo y, tras un leve chirrido, dejó al descubierto un hueco polvoriento. Allí, escondido como un tesoro, encontró un libro diferente a todos: sin título en la portada, con una cubierta de cuero negro y símbolos extraños grabados en relieve.

Lo tomó con cuidado. El peso del volumen era desproporcionado, como si cargara algo más que papel. Cuando

lo abrió, las páginas brillaron con una luz tenue, suficiente para iluminar la penumbra. Lo sorprendente era que, aunque el texto no estaba escrito en ningún idioma que conociera, de algún modo podía comprenderlo.

Decía:

“Cuando la última biblioteca cierre sus puertas y el mundo olvide leer, el guardián elegido despertará la memoria. En su voz arderán las palabras, y en sus manos renacerá la esperanza. Pero deberá decidir: callar y dejar que todo se pierda, o hablar y devolver al mundo el fuego de las historias”.

Mateo retrocedió unos pasos, temblando. Sentía que el suelo bajo sus pies vibraba, como si la biblioteca misma escuchara su respiración. Cerró el libro, pero las palabras seguían resonando en su mente.

De repente, escuchó un murmullo. No provenía de una persona, sino de los propios estantes. Miles de susurros llenaron la sala, como si cada libro intentara hablar a la vez. Mateo se tapó los oídos, pero la voz del volumen negro se impuso:

“El tiempo se agota. Tú eres el último lector.”

El corazón le golpeaba el pecho. No entendía por qué él, alguien que apenas había leído en los últimos años, debía cargar con semejante misión. Y sin embargo, lo sabía: aquel libro lo había escogido.

Guardó el volumen en su mochila. Antes de salir, volvió a recorrer la biblioteca. Tocó los lomos de los libros como quien se despide de viejos amigos. Imaginó las voces de escritores olvidados, los debates de filósofos, los

sueños de poetas que aún habitaban en las páginas.

Cuando llegó a la puerta, una última visión lo detuvo: el reloj de pie, enorme y antiguo, que había estado en la entrada desde siempre. Sus agujas estaban quietas, como si el tiempo mismo hubiera dejado de contar. Pero cuando Mateo cruzó el umbral con el libro en su mochila, las agujas se movieron de nuevo. Marcaban la medianoche.

Afuera, la ciudad seguía indiferente, atrapada en sus pantallas brillantes. Nadie miraba el viejo edificio. Nadie sabía que adentro, en ese último instante, se había sellado un pacto.

Mateo caminó por la calle desierta con la certeza de que nada volvería a ser igual. La última biblioteca cerraba sus puertas para siempre, pero en sus

manos llevaba un secreto capaz de
cambiar el destino de la humanidad.

Y aunque no lo comprendía del todo,
intuía que aquella noche no había sido
un final.
Era el comienzo de una historia que aún
no se había escrito.

Capítulo II: El silencio de las palabras

El amanecer llegó gris y pesado. Mateo salió de su departamento con la sensación de que el aire estaba más denso que de costumbre. Caminó por la avenida principal y enseguida notó algo extraño.

Los anuncios luminosos, que antes rebosaban de frases comerciales, ahora mostraban solo imágenes: una hamburguesa, un automóvil, un perfume. Ninguna palabra. Se detuvo frente a un quiosco de periódicos. El vendedor, un hombre mayor de rostro arrugado, hojeaba un ejemplar en blanco. Ni una sola letra.

—¿Qué está pasando? —preguntó Mateo con un nudo en la garganta.

El hombre lo miró con fastidio.
—Nada, joven. Todo está igual.

Y siguió leyendo aquellas páginas vacías como si en ellas hubiera todavía noticias. Mateo retrocedió. El corazón le latía con fuerza.

En la universidad la situación era aún más perturbadora. El profesor de historia, un hombre de corbata impecable, abrió su manual y mostró las páginas: todas blancas. —Hoy revisaremos la caída del Imperio Romano —dijo como si nada ocurriera.

Los estudiantes asentían, tomaban notas inexistentes, escuchaban un relato sin palabras. Nadie parecía darse cuenta de que los libros ya no hablaban. Nadie, salvo Mateo.

Se llevó la mano a la mochila, donde aún reposaba el volumen negro que había rescatado de la biblioteca. La frase de la noche anterior lo golpeaba como una campana: **“El silencio avanza. Las palabras**

abandonan a los hombres porque ya no son escuchadas”.

Voces en extinción

Esa noche, en su cuarto, volvió a abrir el misterioso libro. Las páginas brillaban con un fulgor tenue, como brasas a punto de apagarse. Nuevas líneas aparecieron ante sus ojos:

“Léelas en voz alta. Solo así las palabras volverán a existir.”

Mateo tragó saliva. Inspiró hondo y comenzó a leer en voz alta un fragmento:

—“En el principio fue el verbo, y el verbo se hizo...”

Las palabras escaparon de su boca y, para su sorpresa, se materializaron en el aire. Letras doradas flotaban frente a él, giraban lentamente y luego se desvanecían.

Sintió un escalofrío. No era una simple lectura, era un acto de resurrección.

A la mañana siguiente, decidió probar de nuevo. Llevó consigo un libro antiguo de su abuela, *Cien cuentos para soñar*. Se sentó en un banco del parque central y leyó un párrafo en voz alta. La mayoría de la gente lo ignoraba, pero una niña de cabellos rizados se detuvo frente a él.

Sus ojos brillaban mientras miraba las letras que danzaban en el aire.

—¿Qué es eso? —preguntó fascinada.
—Son palabras —dijo Mateo, con una mezcla de orgullo y temor—. Palabras vivas.

La niña quiso acercarse más, pero su madre la sujetó del brazo con brusquedad.

—No mires, Sofía. Es peligroso.

La mujer arrastró a la pequeña, y antes de desaparecer entre la multitud, Mateo alcanzó a escuchar su advertencia: —No te acerques a los que leen en voz alta.

Mateo se quedó helado. ¿Peligroso? ¿Quién les había hecho creer eso?

El regreso del libro negro

Esa noche, abrió nuevamente el volumen de cuero. Con voz firme, exigió respuestas:

—¿Por qué yo? ¿Por qué me haces esto?

Las páginas comenzaron a moverse solas. Letras brillantes se formaron, como si alguien invisible escribiera en ese mismo instante:

“Porque todavía recuerdas. Porque aún escuchas. El silencio no te ha

**alcanzado. Pero pronto sabrán de ti.
Y te buscarán.”**

Mateo cerró el libro de golpe. El corazón se le aceleraba. Caminó hacia la ventana para despejarse. Afuera, la calle estaba oscura, pero distinguió dos figuras inmóviles al otro lado. No hablaban. No se movían. Solo lo observaban.

Retrocedió con un escalofrío. Cerró las cortinas.

El silencio de las palabras ya no era solo una ausencia: era una amenaza. Una fuerza invisible que arrastraba a todos a un vacío complaciente. Y él, con un libro en la mochila y un secreto imposible, era ahora la única grieta en ese muro de olvido.

Mateo apagó la luz y se tendió en la cama, aunque sabía que no dormiría.

Las últimas palabras que había leído seguían brillando en su mente:

“Solo aquel que hable podrá devolver al mundo la esperanza.”

Lo entendió con claridad: la biblioteca había cerrado sus puertas, pero la batalla por las palabras apenas comenzaba.

Capítulo III: El niño que encontró un libro olvidado

El silencio de la ciudad se volvía más inquietante cada día. Las palabras habían comenzado a borrarse de las paredes, de los letreros, de los documentos. Nadie parecía darse cuenta; era como si hubiesen olvidado que alguna vez existieron. Nadie, salvo Mateo.

Con el libro negro en su mochila, se sentía un extraño, un fugitivo en medio de una multitud ciega.

Aquella tarde, sin rumbo definido, caminó por el barrio más antiguo de la ciudad. Allí las casas aún conservaban balcones de hierro forjado y muros cubiertos de musgo. Al pasar por un callejón estrecho, escuchó un sonido insólito: el inconfundible crujido de páginas al pasar.

Se detuvo en seco. El corazón le dio un salto.

Avanzó despacio hacia la fuente del sonido y lo vio: un niño, de unos diez años, con la ropa desgastada y el rostro manchado de tierra. Estaba sentado en el suelo, rodeado de cajas húmedas y basura, sosteniendo entre sus manos un libro pequeño de tapas azules.

El niño pasaba las páginas con torpeza, como quien acaricia un objeto extraño pero fascinante.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Mateo en voz baja, como si temiera espantar un milagro.

El niño levantó la mirada, sorprendido. Sus ojos eran grandes, llenos de un brillo que Mateo no veía desde hacía años en los ojos de nadie. —No sé... lo encontré en un baúl viejo —dijo, apretando el libro contra su pecho—. Está lleno de marcas raras.

Mi hermano dice que son garabatos, pero... yo creo que dicen algo.

Mateo se agachó junto a él y le pidió verlo. Con manos temblorosas, abrió el ejemplar: contra toda lógica, las páginas estaban intactas, llenas de letras. Letras reales, nítidas, como si el tiempo no hubiera pasado por ellas.

—¿Sabes leer? —preguntó Mateo con un hilo de esperanza.
—Un poco. Mi abuela me enseñó antes de enfermar. Pero en la escuela... ya no nos enseñan. Dicen que es inútil.

La confesión dolió como un puñal.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Mateo.

—Daniel —respondió el niño, tímido.

Mateo sonrió con amargura.
—Daniel... lo que tienes en las manos es un tesoro. Más valioso que el oro.

El niño arqueó las cejas, incrédulo.
—¿De verdad? Todos me dicen que leer es peligroso. Que las palabras confunden y hacen daño.

Mateo tragó saliva.
—Eso es lo que quieren que creas. Pero sin palabras no hay memoria, ni sueños, ni futuro.

En ese instante, el libro negro en la mochila de Mateo comenzó a vibrar suavemente. Lo sacó con cuidado. Sus páginas se abrieron solas y, como si respondieran a la escena, apareció un mensaje nuevo escrito con un resplandor dorado:

“El guardián nunca está solo. Cuando un niño recuerde, la semilla germinará”.

Mateo se quedó paralizado. No era casualidad. Daniel no era un accidente.

De pronto, un ruido metálico retumbó en el callejón. Una sombra oscureció la entrada. Dos figuras altas, cubiertas con abrigos oscuros y capuchas, aparecieron con paso firme. Sus rostros estaban ocultos, pero sus ojos brillaban con un resplandor artificial, como si fueran más máquinas que hombres. En sus manos sostenían varas luminosas que zumbaban con un sonido eléctrico.

—¡Ahí están! —tronó una de las voces, fría, metálica.

Daniel retrocedió, aferrando el libro azul como si fuera un escudo.

Mateo reaccionó al instante. —¡Corre! —gritó, tomando la mano del niño.

Avanzaron por el callejón opuesto mientras los pasos de los vigilantes del silencio retumbaban detrás de ellos. El aire parecía cortarse con cada zumbido

de las varas eléctricas. Las sombras los perseguían, cada vez más cerca.

Cruzaron pasajes estrechos, saltaron charcos de agua estancada, esquivaron muros derrumbados. Daniel, aunque pequeño, corría con sorprendente agilidad, sosteniendo contra su pecho el libro azul como si su vida dependiera de él.

Finalmente llegaron a un descampado donde los edificios estaban en ruinas. Se escondieron tras un muro semiderruido, respirando agitadamente.

—¿Quiénes eran esos? —susurró Daniel, con lágrimas en los ojos. Mateo lo miró, con la frente perlada de sudor.

—Son los guardianes del silencio. Los que se aseguran de que nadie recuerde las palabras.

Daniel apretó los labios.
—Entonces... si ellos nos persiguen es porque... leer sí importa.

Mateo lo miró sorprendido. El niño había entendido en segundos lo que muchos adultos habían olvidado.

El libro negro volvió a abrirse en la mochila, emitiendo un leve resplandor. Esta vez, el mensaje era aún más claro:

“La chispa ha nacido. Dos voces son suficientes para encender la llama. Pero el fuego atraerá a la oscuridad”.

Mateo entendió que, desde ese instante, su lucha no era solitaria. Tenía un aliado. Un niño con la inocencia intacta y un libro olvidado. Y juntos, en medio de un mundo que había dejado de leer, serían la semilla de una resistencia.

Capítulo IV: El regreso de las historias

La ciudad parecía un cementerio de palabras. Nadie lo decía en voz alta, porque ya nadie decía nada, pero los letreros mudos, los menús sin letras y los periódicos blancos eran prueba de que el silencio había ganado terreno.

Mateo y Daniel habían encontrado refugio en una vieja bodega abandonada. Dormían sobre colchones desgastados y usaban cajas como mesas improvisadas. Allí, cada noche, Mateo abría el libro negro y Daniel su pequeño libro azul. El primero brillaba como si contuviera brasas eternas; el segundo era frágil, humano, pero lleno de magia.

Una de esas noches, mientras la lluvia golpeaba los techos oxidados, Mateo leyó en el libro negro:

“Las historias no mueren. Solo esperan ser contadas. El regreso empieza en la voz, y en los oídos que aún saben escuchar”.

Miró a Daniel y le dijo con seriedad:
—Ha llegado el momento. No podemos guardarnos esto más tiempo.

El niño apretó su libro azul contra el pecho y asintió con una valentía que contrastaba con su corta edad.
—Entonces vamos a leer... para todos.

El parque olvidado

Eligieron un parque antiguo, en el centro de la ciudad. La fuente que alguna vez estuvo llena de agua estaba seca y cubierta de polvo. Los bancos de madera estaban carcomidos, y el aire olía a abandono. Era perfecto: nadie los molestaría allí.

Al caer la tarde, se sentaron frente a la fuente. Mateo sacó el libro azul y lo abrió con delicadeza. Daniel lo miraba con los ojos muy abiertos. —¿Qué vas a leer? —preguntó. —Una fábula —respondió Mateo—. Algo que hable de esperanza.

Y comenzó a leer en voz alta.

Las palabras surgieron de su boca con un poder que ni él esperaba. Las letras se desprendieron del libro, flotaron en el aire y comenzaron a formar figuras luminosas. El zorro de la fábula corrió alrededor de la fuente seca, el bosque surgió como un espejismo verde, y los personajes del cuento aparecieron y se desvanecieron en destellos dorados.

Daniel reía, fascinado.

El público inesperado

Una anciana, que pasaba arrastrando su carrito de compras, se detuvo. Sus labios temblaron y lágrimas surcaron sus mejillas.
—¡Así sonaban las historias! — susurró, llevándose una mano al pecho.

Un joven que corría con auriculares se quitó de golpe los aparatos y se acercó, confundido.

—Mi abuelo me hablaba de libros... pensé que eran inventos suyos.

Dos niños pequeños dejaron caer sus dispositivos electrónicos y se acercaron, hipnotizados por las letras flotantes.

—¿Qué es eso? —preguntó uno.
—Es un cuento —respondió Daniel con orgullo—. Un cuento de verdad.

En pocos minutos, una docena de personas formaban un círculo alrededor de ellos. El silencio de la

ciudad se quebraba con risas, exclamaciones y lágrimas contenidas. La gente no solo escuchaba: recordaba. Recordaba las noches de cuentos, las clases en las que aprendieron a leer, las cartas recibidas, las palabras que alguna vez los habían hecho sentir vivos.

Mateo los observaba con un nudo en la garganta. Las historias estaban regresando.

La amenaza del silencio

De pronto, un zumbido metálico cruzó el aire. Dos drones sobrevolaron el parque, proyectando luces rojas de advertencia. Una voz mecánica retumbó:

“Lectura detectada. Actividad prohibida. Dispersarse inmediatamente”.

El hechizo se rompió. Algunos retrocedieron con miedo, otros corrieron, pero nadie olvidó lo que había visto. La anciana se quedó un momento más, aferrada a su bastón. —Aunque nos callen... ya lo escuché de nuevo —dijo, y se marchó con paso firme.

Mateo cerró el libro apresuradamente y tomó la mano de Daniel. Escaparon entre las sombras mientras los drones los perseguían con haces de luz roja. Lograron ocultarse en un callejón estrecho, jadeando.

—¿Viste sus caras? —preguntó Daniel, con los ojos brillantes. —Sí —respondió Mateo, sonriendo a pesar del miedo—. Hoy el silencio perdió un poco de poder.

La semilla encendida

De regreso en la bodega, el libro negro se abrió por sí solo y mostró un nuevo mensaje:

“Las historias han regresado. El pueblo recordará. Pero cuidado: cada palabra pronunciada enciende una llama, y las llamas atraen a la oscuridad”.

Mateo miró a Daniel, que acariciaba con ternura su pequeño libro azul. Sabía que el niño se había convertido en mucho más que un aliado: era un símbolo, una chispa que podía encender un incendio de memoria.

Esa noche, Mateo comprendió que el regreso de las historias era imparable. Ya no importaba cuántos drones, guardianes o leyes intentaran imponer el silencio. Bastaba con una voz, un cuento, una página. El pueblo, tarde o temprano, volvería a leer.

Capítulo V: Los guardianes del silencio

La ciudad seguía cubierta por una calma artificial, pero bajo esa aparente quietud latía un miedo profundo.

Nadie hablaba de los guardianes del silencio, y sin embargo, todos sabían de ellos. Los niños eran advertidos en sus casas: “*no pronuncies en voz alta lo que sueñas, no preguntes por las letras*”. Los adultos bajaban la voz al mencionarlos, como si incluso susurros pudieran atraer su presencia.

Mateo, desde que los vio por primera vez, comprendió que el verdadero poder de los guardianes no estaba solo en sus armas, sino en el terror silencioso que imponían. La gente ya no necesitaba ser vigilada todo el tiempo; bastaba el rumor de su existencia para que todos obedecieran.

Los emisarios del olvido

Se movían como espectros en las noches sin luna. Nadie podía decir de dónde venían ni dónde vivían.

Algunos aseguraban que eran hombres comunes reclutados a la fuerza; otros murmuraban que ya no eran humanos, sino máquinas que habían olvidado su origen.

Su vestimenta era inconfundible: abrigos negros hasta los tobillos, botas pesadas que retumbaban en el pavimento y capuchas que ocultaban sus rostros. Solo sus ojos brillaban con un fulgor artificial, un resplandor rojo que parecía atravesar la oscuridad. De sus cinturones colgaban varas metálicas que emitían un zumbido constante, como un enjambre invisible de insectos.

Mateo había oído historias de esas armas: podían borrar letras de un

papel con un solo destello, reducir un libro a ceniza en segundos, incluso alterar recuerdos en la mente de quienes se atrevían a resistirse. Nadie quería comprobar si esas leyendas eran verdad, pero todos obedecían por miedo.

Esa noche, escondido entre las sombras, Mateo los vio actuar. Tres guardianes se detuvieron frente a un mural escolar donde un grupo de niños había dibujado letras torcidas con tiza de colores. No eran más que juegos, trazos torpes de manos pequeñas, pero para ellos era suficiente. Levantaron sus varas y, con un destello rojo, las letras se deshicieron como ceniza al viento. Los niños retrocedieron aterrados, mientras los padres los arrastraban lejos, rogando que nadie más los viera.

Los guardianes siguieron su camino sin decir palabra, como si borrar letras

fuera tan rutinario como apagar una lámpara. Y en el silencio que dejaron tras de sí, Mateo sintió una certeza amarga: ellos no temían a las armas de los hombres, solo a una cosa... las palabras.

La educación prohibida

En los días siguientes, Mateo comenzó a atar cabos. Recordó lo que Daniel le había dicho: “*en la escuela ya no nos enseñan a leer*”. Ahora comprendía que no era descuido ni simple desinterés. Era un plan calculado.

Los maestros tenían prohibido enseñar las letras. Los libros habían sido sustituidos por pantallas llenas de símbolos y figuras, pero sin palabras. Los niños memorizaban imágenes como si fueran instrucciones de una

máquina, sin posibilidad de pensar, reflexionar o soñar.

Los pocos profesores que se habían atrevido a resistirse eran denunciados. Algunos decían que desaparecían de la noche a la mañana, otros que eran reeducados hasta olvidar. Nadie volvía a verlos.

Mateo, que recordaba las tardes en que su abuela le enseñó a leer, sintió una rabia silenciosa. Comprendió que el silencio no era un accidente, sino una estrategia. Si una generación completa crecía sin leer, el mundo ya no tendría memoria. El silencio no necesitaba destruir, solo esperar.

El primer enfrentamiento

Una madrugada, Mateo y Daniel salieron en busca de comida. Los

mercados abandonados aún guardaban restos de enlatados, frutas secas y pan duro que a nadie le interesaba.

Caminaban en silencio, atentos a cada sombra, cuando escucharon el zumbido inconfundible de las varas metálicas.

Tres guardianes avanzaban por la avenida, con paso uniforme, como una sola máquina. Sus botas golpeaban el suelo al unísono. Las luces rojas de sus ojos barrían las fachadas, buscando cualquier señal de palabras.

—¡Rápido, por aquí! —susurró Mateo, empujando a Daniel hacia un callejón.

Pero era tarde. Una de las luces rojas los alcanzó.

—**Lectores detectados** —dijo una voz metálica y sin emoción—.

Entreguen los libros.

Daniel apretó su libro azul contra el pecho con todas sus fuerzas. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no retrocedió.

—¡No! —gritó con una valentía inesperada.

El guardián dio un paso al frente y alzó su vara. El aire vibró como si el silencio mismo se hiciera más pesado.

Mateo, desesperado, abrió el libro negro. Las páginas se iluminaron con un resplandor dorado y, sin pensarlo, comenzó a leer en voz alta. Su voz temblaba, pero cada palabra que pronunciaba se transformaba en luz. Letras flotantes surgieron de su boca, se expandieron como ráfagas de fuego y golpearon los brazos del guardián, obligándolo a retroceder.

Los otros dos se adelantaron, seguros de su poder. Pero Daniel, con el corazón latiendo como un tambor,

abrió su pequeño libro azul y leyó torpemente las primeras frases que recordaba. Sus palabras eran simples, mal pronunciadas, pero auténticas. Las letras surgieron en destellos azules y cegaron momentáneamente a sus perseguidores.

El callejón se llenó de luces doradas y azules que danzaban como chispas de fuego. Los guardianes se detuvieron, desconcertados. Nadie había leído en voz alta frente a ellos. Nadie había osado enfrentarlos con palabras vivas.

Finalmente, uno de ellos habló, con un tono más grave que los demás:
—**Esto no ha terminado.**

Y se retiraron, lentamente, como si prefirieran reagruparse antes de volver a atacar.

Una nueva certeza

El silencio que quedó tras su partida era distinto. No era el silencio de siempre, sino uno cargado de presagio. Mateo y Daniel, jadeando, se abrazaron en medio del callejón. Habían sobrevivido, pero sabían que el precio sería alto.

De regreso en la bodega, el libro negro se abrió por sí solo. Esta vez las letras aparecieron con una claridad que heló la sangre de Mateo:

“Los guardianes temen a las palabras porque saben que su poder es más fuerte que el silencio. Ahora que los has enfrentado, no habrá marcha atrás. Te perseguirán hasta el final.”

Mateo acarició la tapa del libro con manos temblorosas. Miró a Daniel,

que aún sujetaba su ejemplar azul
como si fuera su corazón.

—No estamos solos, Daniel. Ellos
tienen armas... pero nosotros tenemos
historias.

El niño sonrió, cansado pero firme.
—Y las historias siempre ganan.

Capítulo VI: El refugio de los lectores

1. La huida y el llamado en la noche

La bodega ya no era un refugio. Desde el enfrentamiento con los guardianes, Mateo dormía con un ojo abierto, y Daniel apenas conciliaba el sueño abrazando su pequeño libro azul. Afuera, la ciudad había cambiado de respiración: se escuchaban zumbidos nocturnos, luces rojas que cruzaban los tejados, pasos metálicos en las calles desiertas.

Esa madrugada, cuando el silencio era tan espeso que parecía un animal agazapado, sonó un golpe suave en la puerta de la bodega. Tres toques rítmicos, pausados, como si quisieran decir: *“aquí estamos, no teman”*.

Mateo se tensó. Tomó el libro negro con fuerza, dispuesto a leer en voz alta si era necesario. Daniel, con los ojos abiertos como platos, preguntó en un susurro:

—¿Y si son ellos?

El golpe se repitió. Luego, una voz envejecida, pero serena, habló al otro lado:

—No teman. Vimos la luz de las palabras en el parque. No están solos.

Mateo dudó unos segundos que parecieron eternos. Finalmente, abrió un resquicio de la puerta. Frente a él había tres figuras cubiertas con mantas oscuras. Sus rostros apenas se iluminaban con la luz de la vela. Había un anciano de barba blanca y ojos hundidos, una mujer de semblante fuerte y una niña pequeña de mirada chispeante.

—Déjenos entrar —pidió la mujer con un tono firme, casi maternal—. Venimos en paz.

Mateo respiró hondo, los dejó pasar y supo que aquella decisión cambiaría su destino.

2. El camino hacia lo oculto

No se quedaron mucho en la bodega. La mujer explicó que los guardianes vigilaban esa zona y que no tardarían en rastrear el rastro luminoso de las palabras.

—Si se quedan aquí, los encontrarán. Vengan con nosotros.

Caminaron durante más de una hora por callejones estrechos, bajo la luz apagada de una luna oculta tras las nubes. Cruzaron patios abandonados, saltaron cercas oxidadas y

descendieron por un túnel de drenaje seco. Daniel se aferraba al libro azul con ambas manos, mientras Mateo sostenía el libro negro como quien carga una antorcha invisible.

Finalmente, llegaron a una casa en ruinas, con paredes agrietadas y ventanas tapiadas. Nadie imaginaría que dentro de aquella estructura olvidada latía un secreto.

El anciano tocó tres veces una piedra del muro, que se movió revelando un pasadizo estrecho. Descendieron por una escalera de madera hasta llegar a un sótano iluminado con lámparas de aceite.

Mateo y Daniel se detuvieron de golpe. Sus ojos se abrieron con asombro.

3. El refugio secreto

El sótano estaba lleno de estantes improvisados, hechos con tablones de madera vieja. Sobre ellos descansaban decenas de libros apilados: enciclopedias, cuadernos escolares, novelas deshojadas, diarios personales, cuentos infantiles. Algunos estaban carcomidos por la humedad, otros protegidos con telas enceradas.

El aire olía a polvo, papel envejecido y esperanza.

—Bienvenidos al refugio de los lectores —anunció el anciano con solemnidad—. Aquí guardamos lo poco que nos queda de memoria.

Daniel corrió hacia los estantes y acarició con reverencia las portadas. —¡Son... tantos! —susurró, con lágrimas brillándole en los ojos.

Mateo también se emocionó. Aquello no era solo un escondite: era un corazón latiendo bajo la tierra.

4. Los guardianes de la memoria

El anciano se presentó como **Don Elías**, antiguo bibliotecario de la ciudad. Había visto cómo cerraban una por una las bibliotecas, cómo se quemaban colecciones enteras, cómo los guardianes arrastraban a maestros y escritores. Pero él, con astucia y valentía, había logrado esconder volúmenes en sótanos y túneles, esperando el día en que volvieran a necesitarse.

—He dedicado mi vida a salvar libros como otros salvan tesoros —dijo con voz ronca—. Porque los libros son el único tesoro que puede devolvernos el alma.

La mujer era **Doña Clara**, una maestra jubilada. Había sido acusada de “enseñar símbolos prohibidos” a sus estudiantes y había escapado de milagro. Sus ojos brillaban con ternura y rebeldía a la vez.

—Me quitaron las aulas, pero no las palabras —dijo—. Aquí sigo siendo maestra.

La niña era **Lucía**, de apenas ocho años. Su abuela le había enseñado las letras en trozos de tela que escondían bajo el colchón. Su lectura era titubeante, pero cuando pronunciaba las palabras, las letras flotaban con una luz más intensa que la de cualquier adulto.

—Ella es nuestra chispa —explicó Doña Clara acariciándole el cabello—. Una niña que aprende a leer en secreto vale más que mil guardianes del silencio.

5. La comunidad oculta

El refugio no estaba habitado solo por ellos tres. En rincones oscuros, otros rostros emergieron poco a poco. Había un carpintero de manos firmes que construía estantes ocultos; una joven que copiaba fragmentos de libros a mano para salvarlos del olvido; una madre que enseñaba a sus hijos a escuchar en voz baja, como si las palabras fueran oraciones sagradas.

Todos tenían una historia de pérdida y resistencia. Todos habían pagado un precio por aferrarse a los libros.

—Aquí no solo escondemos páginas
—dijo Don Elías—. Aquí recordamos
que somos humanos.

Esa noche, invitaron a Mateo y Daniel a participar en una lectura colectiva. Encendieron varias velas, colocaron

tres libros sobre una mesa, y cada uno leyó en voz alta un fragmento. Una poesía, un relato histórico, un cuento infantil.

El aire del sótano se transformó. Las letras comenzaron a flotar como luciérnagas, iluminando las paredes húmedas. Las voces se unieron en un coro clandestino. No era solo lectura: era una ceremonia, un acto de resistencia.

Mateo sintió que el miedo que lo perseguía desde la última biblioteca se deshacía un poco. Ya no estaba solo.

6. La advertencia

Cuando la lectura terminó, reinó un silencio reverente. Fue Don Elías quien lo rompió con voz grave: —Los guardianes saben que las

palabras han regresado. No tardarán en buscarnos.

Nadie se movió, pero todos lo entendieron. La esperanza tenía un precio, y el silencio no se rendiría fácilmente.

Mateo sintió el peso del libro negro en su mochila. Lo abrió y, como si hubiera estado escuchando la conversación, apareció un mensaje nuevo:

“El refugio es semilla. De aquí nacerá el bosque de voces. Pero la raíz crecerá entre espinas.”

Mateo cerró el libro con un estremecimiento. Ahora lo entendía: aquel sótano no era solo un escondite, era el inicio de algo mayor. Una semilla que, tarde o temprano, rompería el suelo para salir a la luz.

Miró a Daniel y a Lucía, a los ojos brillantes de Doña Clara y a las manos temblorosas de Don Elías. En medio de aquella comunidad clandestina, sintió por primera vez que el silencio podía ser derrotado.

Capítulo VII: La voz prohibida

1. La decisión

En el refugio de los lectores, el tiempo parecía detenerse. Cada noche, bajo la luz temblorosa de las velas, las palabras recobraban vida. Los libros eran abiertos con la solemnidad de reliquias, y las voces, aunque bajas y cuidadosas, lograban pintar en el aire figuras luminosas que llenaban de esperanza aquel sótano húmedo.

Pero Don Elías sabía que aquello no bastaba. Mientras todos celebraban esas lecturas íntimas, él permanecía en silencio, acariciando la tapa de un libro encuadernado en cuero. Sus ojos, gastados por los años, miraban más allá de las paredes del refugio.

—Si nos quedamos aquí, las palabras seguirán encerradas —dijo una noche,

rompiendo el silencio—. Y lo que está destinado a volar, muere si permanece enjaulado.

Doña Clara lo miró con preocupación.
—Salir sería una locura, Elías. Los guardianes están en todas partes. Sabes lo que hacen con quienes se atreven a leer en público.

El anciano bajó la mirada, pero su voz adquirió un filo de determinación:
—He visto arder bibliotecas enteras. He visto niños arrancados de las aulas porque aún preguntaban por las letras. Y aún así, estamos aquí. ¿De qué sirve resistir si lo hacemos solo en la oscuridad?

Mateo sintió un escalofrío. Él también lo había pensado. La lectura en la plaza central era un sueño imposible... pero necesario. Miró a Daniel, que acariciaba su libro azul con devoción, y luego a Lucía, que jugueteaba con

una hoja escrita a mano. Si alguien debía devolver la voz a la ciudad, eran ellos.

—Tienes razón, Elías —dijo finalmente—. Es hora de que la ciudad escuche otra vez.

Un silencio reverente siguió a sus palabras. Nadie lo contradijo. Esa misma noche, la comunidad decidió: leerían en la plaza.

2. Preparativos

Los días siguientes estuvieron cargados de tensión. Cada miembro del refugio aportó algo al plan, como si prepararan un ritual sagrado.

El carpintero pasó horas trabajando en un atril de madera, tallado en secreto, para sostener los libros durante la lectura. Su rostro brillaba de orgullo

mientras pulía cada rincón, como si aquel mueble improvisado fuera más valioso que cualquier altar.

La joven copista pasó las noches escribiendo a mano fragmentos de cuentos, poemas y relatos. La tinta se corría en ocasiones, pero ella insistía: —Si destruyen los originales, estos sobrevivirán.

Doña Clara enseñó a Lucía a leer frases cortas y claras. La niña repetía con esfuerzo, y cada error era corregido con paciencia. La maestra sabía que la pureza de su voz infantil tendría un poder que ni siquiera el libro negro de Mateo podría igualar.

Incluso los más pequeños del refugio participaron. La madre les enseñó poemas cortos para recitarlos de memoria. “Las palabras viven más en los labios que en el papel”, les decía.

Mateo, mientras tanto, consultaba cada noche el libro negro. Sus páginas se abrían solas, mostrándole mensajes que parecían escritos para ellos:

“La voz prohibida despierta lo que duerme. Pero quien la pronuncie atraerá al silencio como fuego en la oscuridad.”

Era tanto advertencia como desafío.

3. La plaza

La tarde llegó más rápido de lo esperado. El aire estaba cargado de electricidad, como si la ciudad supiera que algo estaba a punto de romperse.

La plaza central se extendía desierta, con su fuente seca en el medio y las estatuas cubiertas de polvo. Antaño había sido un lugar de encuentros, donde las familias se reunían a

conversar y los estudiantes leían poemas en voz alta. Ahora era un espacio muerto, donde nadie se detenía más de lo necesario.

Mateo colocó el atril frente a la fuente. Sus manos temblaban. Daniel lo miró con una mezcla de miedo y determinación. Lucía, aferrada a Doña Clara, respiraba hondo, lista para hablar aunque su voz infantil se quebrara.

Mateo abrió un libro y comenzó a leer. Al principio su voz fue apenas un susurro, pero con cada palabra fue tomando fuerza. Las letras escaparon del papel y flotaron en el aire como luciérnagas doradas. Se unieron formando un río luminoso que atravesó la plaza.

Daniel siguió. De su libro azul brotaron animales brillantes: un zorro, un pájaro, un pez. Las criaturas

corrieron y volaron alrededor de la fuente, provocando risas en algunos transeúntes que se habían detenido a mirar.

Finalmente, Lucía dio un paso al frente. Sostuvo con esfuerzo un cuaderno escrito a mano y comenzó a leer un poema corto. Su voz era frágil, pero pura. Y entonces ocurrió lo inesperado: un árbol azul y dorado surgió del aire, extendiendo ramas luminosas que alcanzaban los edificios cercanos.

La plaza, que había permanecido muda por años, se llenó de color y vida.

4. El despertar colectivo

La gente comenzó a acercarse. Primero tímidos, luego en grupos cada vez más numerosos. Un hombre dejó

caer su dispositivo electrónico y
murmuró:

—¡Yo recuerdo esto!... Mi madre me
leía antes de dormir...

Una mujer se llevó las manos al
rostro, llorando.

—Pensé que eran sueños... que nunca
existieron... ¡pero eran reales!

Los niños corrieron alrededor del
árbol luminoso, riendo, intentando
atrapar las letras que caían como hojas
brillantes.

La multitud crecía. Algunos no
entendían lo que pasaba, pero se
dejaban envolver por la magia de las
palabras. Otros, más viejos,
recordaban con nostalgia lo que
habían perdido. Por primera vez en
años, la plaza era un lugar de
encuentro, no de miedo.

Mateo sintió un nudo en la garganta.
El pueblo estaba despertando.

5. La persecución

Pero la euforia no duró. Un zumbido metálico retumbó en el aire. Desde las calles cercanas llegaron los guardianes del silencio, marchando en formación. Sus ojos rojos iluminaron la multitud, y sus varas brillaron con energía oscura.

—Actividad prohibida. Dispersarse inmediatamente.

Los gritos de miedo cortaron la magia. Algunos corrieron, otros quedaron paralizados. Los guardianes avanzaron con paso firme, dispuestos a borrar lo que habían visto.

Mateo abrió el libro negro y leyó con desesperación. Un muro dorado surgió

en medio de la plaza, frenando momentáneamente a los perseguidores. Daniel lo imitó, y de su voz salieron destellos azules que cegaron a algunos. Lucía, llorando, recitó su poema una vez más, y miles de mariposas de luz llenaron el cielo, confundiendo a los drones que acompañaban a los guardianes.

Pero eran demasiados. Don Elías gritó desde las sombras:

—¡Corran! ¡Lleven las palabras con ustedes!

La multitud se dispersó. Algunos fueron alcanzados, otros lograron escapar. Mateo tomó a Daniel de la mano y corrió, mientras Doña Clara cargaba a Lucía. La ciudad, por un instante iluminada por historias, volvía a hundirse en la persecución.

6. El precio de hablar

Cuando llegaron al refugio, exhaustos y jadeantes, el ambiente estaba cargado de tristeza y de triunfo a la vez. Habían despertado a muchos, pero también habían atraído la furia del enemigo.

Don Elías habló con voz quebrada:
—Hoy hemos herido al silencio. Pero también hemos marcado nuestro destino. Ya no nos dejarán en paz.

Mateo abrió el libro negro. Una nueva frase brillaba en sus páginas:

“La voz prohibida habló. El silencio sangra. Pero la herida atraerá tormentas.”

Mateo cerró el libro con firmeza. Miró a Daniel, a Lucía y a los demás.
—Que vengan. Hoy el pueblo

escuchó. Y las palabras no volverán a
callar.

Capítulo VIII: El eco de los olvidados

1. El silencio después del grito

El refugio estaba sumido en un silencio denso tras la huida en la plaza. Nadie hablaba. Solo se escuchaban las respiraciones agitadas y el crujir de las velas consumiéndose lentamente. La luz dorada de las palabras aún parecía flotar en la memoria de todos, pero el miedo había vuelto con más fuerza.

Daniel se abrazaba a su libro azul. Lucía dormía en el regazo de Doña Clara, agotada, con rastros de lágrimas en sus mejillas. Don Elías se mantenía en un rincón, hundido en pensamientos oscuros.

Mateo, sin embargo, no podía descansar. El libro negro ardía en su

mochila como si lo llamara. Sabía que aquella noche debía abrirlo, aunque temiera lo que iba a encontrar.

Cuando todos cerraron los ojos, Mateo se levantó en silencio, encendió una lámpara de aceite y abrió el volumen en una página al azar.

2. La revelación del libro negro

Al abrirlo, las letras comenzaron a brillar con un fulgor más intenso que nunca. Esta vez, no solo eran palabras: eran imágenes que surgían directamente de las páginas y flotaban en el aire como sombras de fuego.

Mateo leyó en voz baja, y el refugio entero pareció estremecerse:

“No es la primera vez que el silencio devora al hombre. Hubo otras ciudades, otros pueblos, que

olvidaron leer. Hubo otros guardianes, y también otros lectores que resistieron. Tú no eres el primero, Mateo. Eres un eco de aquellos que ya lucharon antes de ti.”

Las imágenes se volvieron más claras: Mateo vio una ciudad antigua, con estatuas derrumbadas, donde hombres y mujeres quemaban papiros en hogueras gigantes. Vio a maestros perseguidos por enseñar a escribir. Vio niños arrancados de las aulas porque guardaban tablillas con letras grabadas.

Luego las visiones cambiaron. Apareció una biblioteca inmensa, que ardía hasta reducirse a cenizas bajo un cielo rojo. Una voz resonó en su mente: *“Alejandría, donde ardieron miles de voces. Pero no todas se perdieron.”*

Después, vio monasterios medievales, donde monjes copiaban libros a mano, escondiéndolos en paredes secretas mientras fuera rugían guerras que devoraban culturas enteras.

Finalmente, apareció una escena más reciente: un grupo de hombres y mujeres escondidos en un sótano, leyendo en voz baja mientras afuera un régimen prohibía los libros. Eran rostros diferentes, épocas distintas, pero la misma lucha.

3. El peso de la historia

Mateo cayó de rodillas, con lágrimas en los ojos. Comprendió que su batalla no era solo suya ni de su pueblo. Era parte de una cadena infinita de resistencias.

—Siempre ha sido así... —susurró—. El silencio vuelve una y otra vez... y las palabras luchan por renacer.

Don Elías, que lo observaba desde la penumbra, se acercó lentamente.

—¿Qué has visto, hijo? —preguntó con voz quebrada.

Mateo le contó lo que había presenciado: las hogueras antiguas, la biblioteca ardiente, los monjes copiando en secreto, los pueblos silenciados. Don Elías cerró los ojos y murmuró:

—Entonces es cierto. No somos los primeros... ni seremos los últimos.

4. Voces del pasado

El libro negro no se detuvo. Sus páginas comenzaron a llenarse de nombres, escritos en idiomas que Mateo no conocía pero que, de alguna

manera, entendía. Eran nombres de poetas, maestros, cronistas y rebeldes que habían dado su vida por las palabras.

“Tú eres su eco. Ellos te acompañan. Cuando leas, no estarás solo: miles de voces estarán detrás de ti, pronunciando contigo cada sílaba.”

Mateo sintió que las paredes del refugio vibraban. No era solo él leyendo. Era como si un coro invisible lo acompañara.

Daniel despertó y, al ver la escena, preguntó con inocencia:
—¿Quiénes son, Mateo?

Mateo lo miró con ternura y solemnidad.
—Son los que nos precedieron, Daniel. Los que pelearon antes que

nosotros. Sus palabras no murieron...
nos alcanzaron aquí.

5. La misión

Elías, con lágrimas corriendo por su barba, se inclinó sobre el libro.
—El silencio cree que es eterno, pero siempre se quiebra. Cada generación tiene un guardián de las palabras. Quizás ahora seas tú, Mateo... y este niño, y esta niña.

Lucía, medio dormida aún, susurró con voz suave:
—Las historias... no se rinden.

Esa frase llenó la sala de un murmullo esperanzador.

Mateo cerró el libro negro. Sabía que, desde esa noche, su deber no era solo resistir: era transmitir la memoria de todos los que habían luchado antes.

No se trataba únicamente de recuperar la lectura, sino de honrar a los olvidados y continuar la cadena.

6. El eco en sus corazones

Cuando la comunidad del refugio se reunió a la mañana siguiente, Mateo les contó lo que había visto. Nadie habló durante un largo rato. Algunos lloraron en silencio. Otros apretaron los libros contra su pecho como si fueran amuletos.

Doña Clara, con los ojos llenos de fuego, dijo finalmente:
—Si hubo quienes resistieron antes que nosotros, no tenemos derecho a rendirnos ahora. Somos parte de algo más grande.

La niña Lucía levantó la mano y preguntó:

—¿Y si nosotros somos los que algún día otros recordarán?

El silencio se llenó de asombro. Nadie había pensado en eso. La pregunta de la niña era como un espejo: ¿serían ellos también parte de ese eco para las generaciones futuras?

Mateo la miró y asintió.

—Sí, Lucía. Un día alguien abrirá un libro y verá nuestros nombres. Y sabrá que también luchamos para que las palabras no murieran.

7. La advertencia final

Antes de cerrarse, el libro negro mostró una última frase que quedó grabada en la mente de todos:

“El eco del pasado fortalece, pero también advierte. Todos los pueblos que olvidaron leer estuvieron a

punto de desaparecer. Si ustedes fracasan, el silencio no será una pausa: será el final.”

Las velas temblaron. Nadie se atrevió a hablar. Pero en ese silencio ya no había resignación, sino la fuerza de quienes saben que su lucha es parte de una historia infinita.

El refugio ya no era solo un escondite. Era un santuario donde las voces del pasado y las del presente se encontraban para preparar el futuro.

Capítulo IX: Daniel y la promesa

1. El despertar del niño

Desde aquella noche en la plaza, Daniel no era el mismo. Aunque el miedo lo acompañaba —las luces rojas, las persecuciones, las voces metálicas de los guardianes— había algo en él que se había encendido.

En el refugio, mientras los demás dormían, se quedaba leyendo en voz baja su pequeño libro azul. Tropezaba con las palabras, repetía frases una y otra vez, pero cada error lo volvía más firme. Ya no quería ser solo el niño que había encontrado un libro olvidado: quería ser un lector completo, alguien capaz de sostener las historias frente al silencio.

Mateo lo observaba con orgullo y con un poco de temor. Temía que el niño

cargara demasiado sobre sus hombros. Pero cada vez que veía cómo sus palabras flotaban en el aire, puras y brillantes, comprendía que Daniel había sido elegido de un modo que él mismo no podía explicar.

2. La promesa en la penumbra

Una noche, después de una lectura colectiva, Daniel se acercó a Mateo mientras apagaban las velas.

—¿Sabes qué pensé hoy? —preguntó con una seriedad que desentonaba con su corta edad.

—¿Qué, Daniel?

El niño apretó su libro azul contra el pecho.

—Que aunque me atrapen... aunque me borren... las palabras seguirán vivas. Porque ya no están solo aquí —

señaló su cuaderno—, sino aquí —y se tocó el corazón.

Mateo se quedó en silencio, conmovido. Daniel continuó:
—Te prometo que nunca dejaré de leer, Mateo. Aunque me quede solo, aunque todos olviden, yo seguiré.

La frase lo golpeó con la fuerza de una profecía. En ese instante, Mateo entendió que el niño no solo aprendía de él: lo estaba superando.

3. El eco de su voz

Los días siguientes confirmaron esa promesa. Cuando Daniel leía, las letras no solo flotaban: se multiplicaban. Su voz infantil hacía que las palabras iluminaran todo el refugio con una claridad imposible. Don Elías lo miraba con asombro. Doña Clara lloraba en silencio al

escucharlo. Y Lucía lo observaba como si él fuera un hermano mayor destinado a guiarla.

—Su voz... —murmuró Don Elías—. Es más fuerte que cualquiera de las nuestras. Tiene la inocencia que el silencio no puede corromper.

Incluso el libro negro reaccionaba a Daniel. Cada vez que leía en voz alta, sus páginas temblaban levemente, como si reconocieran en él a un heredero verdadero de las palabras.

4. La reacción de los guardianes

Pero los guardianes también lo percibieron. En varias ocasiones, mientras Daniel leía, se escucharon zumbidos lejanos. Era como si las ondas de sus palabras se propagaran más allá del refugio, atravesando

muros y calles hasta alcanzar los sensores de vigilancia.

Una tarde, un dron pasó más cerca que nunca, dejando un rastro de luz roja en la ventana tapiada. Doña Clara palideció.

—Nos han oído —susurró—. Están buscándolo a él.

Don Elías golpeó la mesa con furia.
—Sabía que esto ocurriría. El silencio siempre ataca lo que más teme. Y ahora temen la voz de este niño.

Mateo sintió un nudo en la garganta. Si Daniel era descubierto, el refugio entero caería con él.

5. La enseñanza invertida

Decidieron entonces algo que cambió la dinámica del refugio: Daniel, el más joven, se convirtió en maestro.

Cada noche, él leía y los demás repetían en coro sus palabras. Lucía lo imitaba, los niños pequeños lo seguían, incluso los adultos se dejaban guiar por su voz. Era como si el mundo al revés se hubiera instalado: el niño enseñaba a los viejos, el aprendiz formaba a los maestros.

—Yo no enseño —decía con modestia—. Solo repito lo que el libro dice.

Pero todos sabían que no era cierto. Había algo más. Daniel no solo leía: **vivía las palabras**. Y al hacerlo, las transmitía con una fuerza que ninguno de los adultos podía igualar.

6. La promesa colectiva

Una noche especial, cuando el refugio entero se reunió alrededor de Daniel, éste cerró su libro azul y dijo en voz

alta:

—Prométanme que, pase lo que pase, nunca dejarán de leer. Aunque se queden sin libros, aunque solo quede la memoria... no dejen morir las palabras.

Uno a uno, los miembros del refugio levantaron sus libros, hojas o cuadernos.

—Lo prometemos —respondieron en coro.

Las letras que habían flotado hasta entonces se unieron en una sola figura: un fuego azul y dorado que ardió en el aire durante varios segundos antes de desvanecerse. Nadie olvidaría esa escena.

7. El mensaje del libro negro

Esa misma noche, mientras todos dormían, Mateo abrió el libro negro.

Las páginas brillaron con intensidad y apareció un mensaje que lo hizo estremecer:

“El niño es la llave. Su voz es semilla y llama. Pero las semillas atraen a quienes temen al bosque. Protégelo, Mateo, porque en él habita el futuro del pueblo que olvidó leer.”

Mateo cerró el libro con el corazón acelerado. Miró a Daniel, que dormía abrazado a su cuaderno azul. Comprendió que su destino no era ser el héroe de esa historia, sino el guardián de aquel niño que ya se había convertido en una promesa viviente.

Capítulo X: El día en que el pueblo volvió a leer

1. La semilla que debía florecer

El refugio ya no podía contener más la esperanza. Cada lectura, cada promesa de Daniel, cada lágrima de Doña Clara, cada reflexión de Don Elías hacían crecer en ellos una certeza: había llegado el momento de salir a la luz.

Las palabras ya no podían seguir escondidas. La ciudad entera debía recordarlas.

Mateo lo comprendía con claridad. Había visto el mensaje del libro negro y sabía que no había retorno:
“La semilla crecerá. Y cuando florezca, el silencio temblará.”

Ese florecimiento no era en secreto, sino a la vista de todos.

—No podemos esperar más —dijo Mateo frente a la comunidad—. La gente necesita escuchar. Y si morimos, que sea hablando.

El refugio entero guardó silencio, pero nadie lo contradijo. Era hora de que la semilla se convirtiera en bosque.

2. El plan de la lectura

Eligieron el antiguo teatro de la ciudad, un edificio medio en ruinas, olvidado desde hacía décadas. Sus paredes agrietadas y asientos polvorientos lo hacían parecer inofensivo para los guardianes, que rara vez lo vigilaban.

La idea era simple y arriesgada: reunir a cuantos pudieran, encender velas, y

leer en voz alta frente a todos. No sería una lectura clandestina: sería una proclamación abierta, un grito contra el silencio.

Durante días, se pasaron notas secretas, símbolos grabados en muros, susurros en mercados. El mensaje era breve:

“Ven al teatro. Escucharás lo que el silencio quiso borrar.”

El eco corrió por la ciudad como una chispa invisible.

3. El teatro se llena

La noche llegó. El teatro, que había estado vacío por años, comenzó a llenarse poco a poco. Al principio fueron unos cuantos ancianos curiosos, luego jóvenes, luego familias enteras que miraban nerviosas a su

alrededor. Nadie hablaba demasiado, pero en sus rostros había expectativa.

Mateo, Daniel y Lucía subieron al escenario improvisado. Don Elías y Doña Clara los acompañaban, sosteniendo libros gastados como estandartes.

Cuando encendieron las primeras velas, el teatro entero se iluminó con un resplandor cálido. La gente contuvo la respiración.

Mateo dio un paso al frente.
—Hoy vamos a devolverles lo que les arrebataron. Hoy... las palabras vuelven.

Y abrió el libro negro.

4. La lectura colectiva

Mateo comenzó con un relato antiguo, y de sus labios surgieron letras doradas que flotaban por el techo del teatro. Daniel lo siguió con su libro azul: su voz infantil hizo que las letras se multiplicaran en aves luminosas que sobrevolaron al público.

Lucía recitó un poema corto, y de su boca brotaron flores azules que se abrieron en cada esquina del escenario.

Entonces ocurrió lo inesperado: el público comenzó a unirse. Una anciana recordó de memoria una canción infantil y la cantó en voz baja. Un joven recitó un fragmento de un cuento que había escuchado de niño. Una madre enseñó a su hija a pronunciar el abecedario en voz alta.

Cada voz encendía una chispa. Y
juntas, formaban un incendio de luz.

El teatro se llenó de letras que caían
como lluvia dorada. El silencio, por
primera vez en años, fue derrotado por
un coro humano.

5. La llegada de los guardianes

Pero no tardaron en aparecer. Los
guardianes del silencio irrumpieron en
el teatro con varas rojas y drones
zumbando sobre sus cabezas.

—**Actividad prohibida.**
Entréguense.

La multitud se estremeció. Muchos
querían huir, pero entonces Daniel dio
un paso al frente. Su voz, clara y
fuerte, resonó en el escenario:
—¡No se callen! ¡Lean conmigo!

El niño abrió su libro azul y comenzó a leer un cuento sencillo, pero lo hizo con una fuerza tan grande que las letras se volvieron espadas de luz, atravesando el aire y obligando a los guardianes a retroceder.

La gente, contagiada por su valentía, siguió leyendo. No importaba si recordaban bien o mal, si sus voces temblaban. El teatro entero se transformó en un rugido de palabras.

Los guardianes intentaron avanzar, pero la multitud era más fuerte. No había armas que pudieran contra un pueblo que había decidido recordar.

6. El triunfo de la palabra

El teatro tembló. Las paredes agrietadas se iluminaron con miles de letras vivas que se extendieron hasta salir por las ventanas. La ciudad entera

vio un resplandor que se alzó en el cielo como un faro.

Desde las calles, desde las casas, la gente corrió hacia el teatro. Y cuando llegaron, no encontraron soldados ni silencio: encontraron un pueblo leyendo junto a un niño, una niña, un joven y dos ancianos.

Las voces se unieron hasta formar una ola imparable. El silencio fue desgarrado.

7. La advertencia del libro negro

Cuando la lectura alcanzó su punto más alto, el libro negro se abrió en manos de Mateo. Una última frase apareció, escrita con fuego:

“Hoy el pueblo volvió a leer. Pero recuerden: las palabras son libertad, y la libertad siempre tiene

enemigos. Vigilen el bosque, porque aún quedan sombras entre los árboles.”

Mateo levantó la vista. El teatro, ahora lleno de luz, no era solo un edificio: era el corazón de una ciudad que había despertado.

Daniel sonrió, exhausto pero radiante. —Lo logramos... —susurró—. Y no vamos a callar nunca más.

¿Qué ocurre cuando un pueblo olvida leer?

Cuando las palabras son borradas de los muros, silenciadas en las escuelas y perseguidas en las plazas, queda un vacío más grande que el de cualquier guerra: el vacío de la memoria.

En medio de ese silencio impuesto, Mateo descubre un libro negro escondido en la última biblioteca. A su lado, Daniel, un niño que encuentra un viejo ejemplar azul, y Lucía, una niña capaz de dar luz a cada palabra, se convierten en la chispa de una resistencia que se atreve a desafiar a los guardianes del silencio.

El Pueblo que olvidó leer no es solo una historia de persecución y esperanza: es una metáfora viva sobre el poder de las palabras y la fragilidad de la memoria. Cada página invita a preguntarnos: ¿qué perderíamos si dejáramos de leer?, ¿qué mundo quedaría si olvidamos soñar?

Este libro es un canto a la resistencia, una advertencia sobre los peligros del olvido y, al mismo tiempo, un homenaje al lector que se atreve a mantener viva la llama de la lectura.

Porque mientras alguien lea, aunque sea en voz baja, el silencio nunca vencerá.



EDITORIAL
**Mundos
Alternos**

ISBN: 978-9942-7434-2-8



9 789942 743428